

# HANIA

nunca dejemos de ser familia



**M**i hermano era un joven soñador. A él le gustaba viajar, desde que terminó el colegio se la pasaba viajando: fue a Cartagena, estuvo en Pereira y hasta en Fusagasugá. Le gustaba cocinar, estudió en el SENA y se convirtió en contador público. Fernando era mi hermano mayor, somos seis hermanos, Fernando era hijo de otro papá, los otros cinco somos del mismo papá y mamá. Somos cuatro mujeres, yo solo tenía dos hermanos hombres, Fernando ya no está.

Aunque su nombre era Fernando siempre le dijimos Fercho. Mi primer recuerdo de él era verlo llegar a la madrugada, nunca avisaba que iba a llegar, solamente llegaba de sorpresa a la casa. Me encantaba escuchar

la puerta abrirse de madrugada porque yo sabía que era él. Mi último recuerdo de él es un overol de jean. Una semana antes de que él muriera, fuimos a una iglesia cristiana. La última vez que lo vi fue en esa Iglesia. En febrero de 2002, lo encontraron con

tres impactos de bala.

Cuando a lo mataron tenía 27 años. Dos impactos entraron por la parte occipital y le salieron por el frente, dicen que el otro fue en el tórax y también salió por el frente. Lo dejaron a unos 200 metros de la avenida principal, en una vereda llamada La Camachera. Lo encontraron a las siete de la mañana. Ese día solo había una hermana en la casa; mi mamá y yo estábamos haciendo la matrícula del colegio de mi hermano pequeño, mis otros hermanos estaban trabajando con la señora que hace el pan de arroz. El colegio de mi hermano queda por el lado de Cubarral y mi hermana, la que estaba en la casa, fue hasta allá para decirnos que Fernando se había ido a tomar y no había llegado a la casa, y que tenía que devolverse para hacer las arepas. Es que Fernando le había comprado a mi mamá un carrito para vender hamburguesas y arepas, y entonces había que hacerlas, con eso hacíamos parte del sustento

de la casa. Estábamos en eso cuando mi mamá recibió la llamada de que mi hermano estaba muerto. El resto del camino fue terrible, mi mamá lloraba y gritaba y decía que no quería llegar a la casa porque no iba a soportar ver a mi hermano en un cajón.

Desde ahí todo fue caos. Cuando llegamos a la casa estaban todos los vecinos esperándonos, el cuerpo de mi hermano no había llegado. Iba a ser complicado tener el cuerpo porque él había muerto por arma de fuego. Afortunadamente teníamos amigos en la Fiscalía que nos podían ayudar; a mi hermana y a una vecina les tocó ir a la morgue a reconocerlo. En el área de nosotros operaban las AUC, durante mucho tiempo el mando del pueblo estuvo dividido entre dos jefes. Por ese tiempo sabíamos quién era el jefe de los urbanos.

Mi mamá casi se vuelve loca, la unión y el amor de nosotros fue lo único que pudo salvarla y salvarnos. Mi mamá no dormía, no comía, se levantaba en la madrugada, se estaba muriendo en vida. Yo pienso en la muerte de mi hermano como una mesa de cuatro patas: nos quitaron una y cómo nos íbamos a sostener. Mi hermano era un joven de 27 años pero era como el papá todos nosotros; mi mamá reciclaba, les lavaba la ropa a los policías del pueblo, y así nos mantenía. Desde muy joven, mi hermano asumió la cabeza del hogar para ayudar a sostenernos. Yo soy la menor de mi casa y puedo decir que perder lo que mi hermano aportaba económicamente nos hizo mucho daño, fue nuestro quiebre total. Fernando prestó el servicio militar y, usted le puede preguntar a cualquier persona, todo el mundo lo quería. Hace unos

años conocí a algunos amigos suyos y me contaron que le decían Pepsi. Le pusieron así porque un día en un paseo a un río él empezó a correr como la muchacha del comercial de Pepsi, y así lo dejaron, muchos de sus amigos todavía lo conocen con esa chapa.

Mi hermano era gay, pero de los que hay pocos. Él no se metía con nadie, no le gustaba el bochinche, era el alma de la fiesta, donde fuera le gustaba bailar y pasarla bien pero sin hacer daño. El mismo jefe de los urbanos apreciaba a mi hermano porque cuando estaban en el colegio lo había ayudado a pasar las materias.

Unos meses antes de que lo mataran, mi hermano se hizo muy amigo de una muchacha del municipio, ella se llamaba Juliana, no sé si así se llama todavía. Ella se fue a vivir a Fusagasugá con su esposo, y mi hermano se fue con ellos para ayudarles a cuidar la niña y a cocinar y a esas cosas; yo no sé si ese señor estaba metido en cosas turbias, porque cuando mi hermano llamaba le decía a mi mamá que ya se quería devolver, que estaba cansado. Le agarró el afán de que mi mamá tuviera otras entradas, otras maneras de conseguir plata. A veces, cuando pienso en eso, creo que es cierto que la muerte le anuncia uno que va a llegar. Un día decidió que no quería trabajar más en Fusa, le dijo a mi mamá que había visto muchas cosas y que no volvía por allá; se fue para la casa con nosotros y compró el carro de las arepas, estaba contento y le decía a mi mamá que se quería quedar con nosotros.

Un paramilitar iba a la casa a comer arepas y que le decía a mi mamá: "Patrona, ya le tengo el becerro amarrado", supuestamente tenían la persona que había matado a mi hermano, el tipo que disparó; dijeron que incluso lo habían llevado a la casa y se lo presentaron a mi mamá. Sin embargo, mi mamá dijo que esto ya se lo había dejado a Dios y que Dios que le iba a permitir sobrevivir.

Al pasar el tiempo han seguido apareciendo testigos. Dicen que mi hermano estuvo en un hotel donde los paramilitares hacían sus fiestas y sus cosas. Él ya estaba dormido y se levantó porque lo invitaron y se fue para allá, en una cicla, él no estaba vestido para fiesta ni nada, estaba en pantaloneta. Uno de los testigos dice que todo empezó como recocha. Allá estaba un señor paramilitar, a mi hermano lo estaban golpeando y las cosas se pasaron de color. Lo subieron a una camioneta blanca y no se supo más, hasta el otro día que supimos de la muerte de mi hermano.

Supuestamente, el hombre que fue a consolar a mi mamá, a lamentar la muerte de mi hermano, fue el mismo que hizo las cosas. A ese paramilitar le temían mucho, pero así mismo murió. Hace tres o cuatro años lo mataron enfrente de su casa, tenía muchas cuentas por pagar. No se sabe quién ni cómo, pero lo mataron.

De ahí en adelante todo ha sido muy duro, sin Fernando nos quedamos sin la plata que le daba a mi mamá, entonces a mis hermanas les tocó ponerse a ayudar. Hay una parte de la historia que es muy bonita, yo tendría unos

cinco o seis años y me salió un nacido en la pierna y me hospitalizaron; y en ese momento ahí en el hospital estaban dos gemelos, Cristian y Sebastián, que estaban en unas condiciones deplorables. La mamá no tenía nada para darles y nosotros, con mi mamá y mi hermano, empezamos a ayudarles. La mamá de los niños le preguntó a mi hermano si conocía a alguien que se los cuidara, y mi hermano le pidió a mi mamá que los cuidara. Al principio mi mamá no quería, pero después dijo que sí. La mamá de los gemelos estuvo tres meses bien, les llevaba el alimento a los niños. Hoy en día los gemelos tienen 24 años y la mamá los dejó con nosotros. Ellos se convirtieron en los hijos de mi hermano, Dios nos quitó uno y nos dio dos. Pero cuando mi hermano murió pues ellos eran chiquitos y eran como los huérfanos de mi hermano, tuvimos que empezar de cero. Si mi hermano estuviera todo sería distinto, las oportunidades serían diferentes. Esto es lo que deja la guerra, esto es lo que dejan las personas que se creen Dios y toman la vida de alguien, pero no tienen ni idea de todo lo que generan. Mi hermano no le hacía daño nadie. La razón para matarlo es que era gay. No tenemos ninguna otra razón, la gente en el pueblo dice que porque era gay, nunca supimos una razón de peso para que lo mataran.

En la casa siempre se supo que mi hermano era gay. Las mamás todo lo saben, incluso si usted está en el clóset, las mamás saben. Mi hermano era alegría y mi mamá lo amaba, y ese era un tema que no se trataba. Lo importante es que él era un chico responsable. De eso no se habló, diferente a cuando se habló de que yo era lesbiana. Mi mamá decía que prefería otro hijo muerto a que yo fuera lesbiana, porque ser de



la población me ponía en riesgo, todo el mundo sabía que ser lesbiana o gay trae problemas.

Ellos eran la ley, si por ejemplo tú llegabas al pueblo en el bus y no venías recomendado por alguien o alguna familia te estaba esperando, ellos, los paramilitares, te decían devuélvase, usted no tiene nada que hacer aquí. Nadie podía ir a conocer el pueblo de visita. No permitían bochinche, que las trabajadoras sexuales salieran a hacer escándalo ni nada, ellos eran la ley. Eso era a finales de los 90. Ahora yo vivo con mi mamá, los gemelos viven y estudian en Bogotá, son tan juiciosos como era mi hermano, ellos se convirtieron en el motorcito que le permitió a mi mamá seguir. Una semana antes de morir, Fernando le dijo a mi mamá: "Mire, como que la vida me está mostrando un hogar, no de esposa e hijos, porque yo no estoy preparado para eso, pero creo que nosotros estamos aquí formando otro hogar". Y así fue.

Yo creo en los sueños y en mis sueños he podido hablar con él, en estos procesos he podido irme liberando y en uno de mis sueños yo le decía: "¿Qué hace aquí? Yo sé que usted está muerto", y él se reía y decía: "No se preocupe que yo estoy bien, necesito que usted sea feliz, que yo estoy bien". También hablar de lo que ha pasado me ha ayudado.

Cómo son las cosas de la vida: en estos días mi mamá estuvo arreglando cosas y se encontró una foto divina de una niña que se estaba graduando de preescolar, donde mi hermano prestó el servicio de policía como profesor, él nos dijo que ella era la niña consentida del curso y que le había regalado la foto. Yo decidí

quedarme con esa foto porque pensé que si era importante para mi hermano yo debía guardarla. Un día, ya cuando salí del closet y llevé a mi pareja a la casa, estábamos viendo fotos y ella me preguntó: "¿Que haces con mi foto en tu álbum?" Yo le dije que esa no era ella si no una foto que tenía mi hermano. Ella sacó de su billetera la misma foto y me la mostró, y era ella. Mi hermano la cuidaba, le ponía los zapatos, la quería mucho, y ella siempre lo recordó. Yo me puse a llorar y a temblar. Seguí comprobando que mi hermano siempre está presente conmigo.

De Fercho tengo la lealtad con los amigos. Tengo este bello proceso porque se lo debo a él. El mundo necesita saber quién es mi hermano, que era una persona alegre, un modelo a seguir. Sé que él estaría orgulloso de nosotros, de lo que hemos hecho como población diversa y de mí, como mujer, en mi vida personal. Él era un gay orgulloso de ser quien era sin faltarle el respeto a nadie, me quedo con el orgullo de pertenecer a una población bonita y no necesito estar parada en una esquina



gritando para ser quien soy. Me queda su alegría y el chip para hacer amigos; me queda el recuerdo de cuando llegaba a la madrugada y contaba sus historias.

Por estos días estuve en el cementerio, le llevé flores y le conté que iba a hablar sobre él y le dije que necesitaba hablar, a pesar de lo duro que es. Todos en la familia hemos hecho un duelo diferente, pero el tema de la muerte de mi hermano no se toca. Lo cierto es que da rabia que el Gobierno llame reparación a algo que de reparación no tiene nada, la plata no va a devolver nada. Nosotros estuvimos solos manejando esto y por ahí deberían empezar, en dar acompañamiento para salir adelante con este dolor. Deberían empezar de adentro hacia fuera, eso sería una verdadera reparación.

Algo que pasa cuando matan a una persona gay es que todo el mundo empieza a hablar de ellos y a decir toda clase de cosas, de mi hermano dijeron cuanto se les ocurrió, pero mi hermano era una persona correcta, un hermano ejemplar, un papá ejemplar, un hijo ejemplar. Él solo quería trabajar y salir adelante para sacarnos a nosotros, para darnos estudio. Vengo de una familia muy humilde y por esa época la situación era más complicada. Mi mamá reciclaba, se cocinaba con gasolina, mucho del material de la casa era en madera, era duro. Él quería que las cosas mejoraran y arreglar la casa. Hoy en día esa casa, que se la dejó mi abuelo a mi mamá, ya no es ni la sombra de lo que era, pero sigue siendo un hogar construido con base al amor y al respeto. La plata de la famosa reparación —que son migajas— está en las columnas de la casa, que era lo que él quería hacer. Mi casa es muy bonita,

no por los cimientos físicos, sino por los valores que nos enseñaron, porque a pesar de las diferencias hemos logrado seguir muy unidos como hermanos, hemos permanecido como familia y los momentos duros no nos han derrotado. Mi mamá ha sido mamá y papá, es una mujer de admirar que ha tenido que aprender de esta lucha de LGBTI, a las buenas o las malas, ha aprendido a callar, a expresarse, a aceptar, a respetar. Y vamos en el proceso.

Yo llevo 10 años en los procesos LGBTI, municipal y departamental. Mi historia es mi motor, las fuerzas vienen de mi hermano. Tenemos que seguir contando historias desde el punto de vista de la población porque no podemos seguir pidiendo a gritos una aceptación que no tendríamos por qué seguir pidiendo. He recibido reconocimientos muy bonitos, pero no soy yo, es el equipo, somos todos. Él, mi hermano, es mi ángel.

En el futuro quiero estudiar, viajar, servir... el día de mañana me veo parada en un escenario ayudando a las personas, a veces he querido dejar todo, pero no puedo, no soy capaz. Quiero seguir colaborándole a mi mamá. Y de pronto ser concejal, ese es un proyecto colectivo. Es difícil, porque no he podido estudiar, pero se sigue adelante. Tengo 28 años y a veces quiero que el tiempo se detenga y no corra... Sé que vienen cosas grandes, ¿cuáles? No sé, pero vienen cosas grandes.

Poder hablar y hacer esta memoria ha sido muy bueno y bonito, porque nos ayuda a alivianar la carga, a tener una verdadera reparación. Las historias deben ser contadas, la idea no es olvidar, sino trascender.

En mi corazón no hay espacio para el odio.